

Jamás imaginé que algún día me encontraría ante el ordenador escribiendo estas líneas. ¡Cómo iba a pensar, aquel 23 de abril de hace tantos años, cuando tomé el tren en Gare du Nord, con un billete de ida y sin retorno, que más de cuatro décadas después tendría que faltar a la palabra dada! Y, sin embargo, hace tan solo seis días, cuando recibí la visita de mi viejo amigo Jean Pierre, empecé a sopesar la posibilidad de contar mi historia. Desde luego, no ha sido una decisión fácil, pero al sentarme ante el ordenador, y tras haberlo pensado muy concienzudamente, llego a la conclusión de que la verdad debe saberse. Y seguro como estoy, de que no tendré otra oportunidad de hacerlo, comienzo mi relato con la esperanza de poder llegar a tiempo al final de este, y poder darle al botón de enviar antes de que sea demasiado tarde. Así pues, arranco con estas breves líneas, la historia que muy pocas personas conocen, sobre el cuadro más conocido jamás pintado.

Como habréis podido suponer, todo empezó en París en 1975. Era lunes, y el museo del Louvre, donde yo trabajaba en el servicio de limpieza, estaba cerrado. Actualmente cierra los martes, pero en aquellos años el lunes era el día de descanso semanal.

Perdonadme, porque os estoy contando la historia de una manera muy desordenada, y ni siquiera me he presentado. Millones de ideas brotan en mi cabeza. Son demasiadas las cosas que quiero contar, escribir nunca se me ha dado demasiado bien, y además estoy muy nervioso por el inesperado encuentro de hace apenas una semana. Así que empezaré por ahí, por presentarme, y explicar qué hago aporreando el teclado de mi portátil en esta pequeña habitación de hostel.

Me llamo Felipe Esteban Cruz, y vivo en Madrid desde 1975, aunque nací en Reims, cerca de Paris, y mi verdadero nombre es Philippe de la Croix; nombre que no empleo desde el momento en el que el tren cambió de vías para dejar atrás Hendaya y entrar en España por Irún.

El domingo pasado era un día gris. Yo estaba, como de costumbre, paseando por El Rastro intentando encontrar algún curioso ejemplar de sello de la serie de literatura del S. XX. La filatelia es una de mis pasiones. Me hallaba contemplando lo que parecía un error de impresión en la palabra Hogwarts, en una edición muy limitada de sellos de Harry Potter, cuando noté que una mano se apoyaba firmemente sobre mi hombro izquierdo. Mi sorpresa al girarme fue máxima. No veía a mi viejo amigo Jean Pierre desde que tuve que abandonar precipitadamente Paris, mintiéndole además, diciendo que huía a Londres. Habían pasado 46 años, y sin embargo fue vernos, y fundirnos en un gran abrazo. Nada era igual a aquellos añorados días en Montparnasse, y jamás habría reconocido a Jean Pierre de habérmelo cruzado por la calle, pero aquella mano sobre mi hombro, aquella expresión de su cara cuando me giré, y algo se iluminó en mí. No tuve ninguna duda de quien era, y de que su presencia en Madrid iba a cambiar completamente mi vida.

Como si fuéramos dos amigos que quedáramos todos los domingos en El Rastro, y con una normalidad absolutamente ilógica ante la situación, dirigí a Jean Pierre a mi tasca favorita. Entramos en el bar Santurce, donde nos sirvieron sardinas, calamares y pimientos de padrón, y acompañando esos manjares de un par de cervezas, Jean Pierre comenzó a contarme el motivo de su visita. Tremendamente sorprendido, lo primero que le pregunté fue que cómo me había encontrado. Su respuesta, evidentemente, empezó a generar una gran preocupación en mí.

- No he sido yo quien te ha encontrado, me dijo. Han sido ellos.
- ¿Ellos? Interrogué.

- Sí, ellos. Sé que les ha costado mucho. Creo que llevan buscándote más de diez años, y hace unos días Françoise, que todavía trabaja para la Organización, me avisó de que sabían dónde vivías, y de que corrías un gran peligro. Por eso estoy aquí, para avisarte.
- ¡El pasado vuelve a cobrarse su factura! Dije. Pensaba que aquel secreto había quedado sellado con el pacto acordado.
- Nada queda cerrado para siempre, y menos cuando la Organización está de por medio.

Este pacto del que os hablo nos lleva de vuelta a aquel fatídico lunes, 21 de abril de 1975. Había cambiado el turno con Jean Pierre, por lo que él estaba terminando de limpiar la galería de Egipto, para supuestamente, salir al mediodía, y yo acaba de empezar mi turno en la Sala Rosa.

Una mujer, la doctora Annette, conservadora principal del museo y cuatro hombres a los que no conocía, se encontraban realizando labores de mantenimiento frente al cuadro de Leonardo da Vinci. No era nada fuera de lo normal, porque los lunes se aprovechaba para dejar impecable el museo, y el cuadro de La Gioconda era la pieza principal, por lo que hasta el mínimo detalle se trababa con el mayor esmero. Terminada la sala, pasé a la sala contigua, pero apenas habrían pasado cinco minutos cuando tuve que volver al darme cuenta de que había olvidado los guantes sobre una repisa. Al entrar de nuevo en la Sala presencié algo que sí se salía totalmente de lo normal: El cuadro estaba descolgado, y dos de los hombres estaban desmontando el lienzo. Los otros dos hombres y la conservadora habían salido de la estancia. Mi asombro fue mayúsculo cuando presencié que aquellos dos hombres sustituían el lienzo por una copia. Empujado por la curiosidad, no puede evitar acercarme para ser testigo que lo que estaba sucediendo. Uno de ellos se giró hacia mí, y con absoluta tranquilidad me explicó que lo que estaban haciendo en realidad era justo lo contrario. Me explicaron que el cuadro había sido dañado el año anterior durante su exposición en Tokio (El acto vandálico sufrido justo un año antes era una noticia que había salido en todos los periódicos). Me confesaron que durante todo ese tiempo, y mientras se restauraba el original, se había expuesto una copia, sin comunicarlo al público para no perder visitantes, y que tras la restauración, por fin se volvía a colocar el original.

La historia podría haber sido creíble de no ser que, minutos más tarde, y de nuevo traicionado por mi curiosidad, descubrí el cuerpo de Annette oculto en uno de los aseos. Fui sorprendido por los dos hombres que acababan de depositar allí su cuerpo y uno de ellos sacó una pistola con la que me apuntó. Aquel debía haber sido el final de mis días, pero Jean Pierre, que, para mi sorpresa, estaba detrás de los hombres, hizo una propuesta descabellada con la que intentaba salvarme la vida. No había ninguna duda de que mi amigo estaba compinchado con ellos, pero mi cabeza en aquel momento no podía asimilar otra cosa que no fuera cómo salvar el pellejo.

Hice un trato con el que salvé la vida. Yo me deshice del cuerpo de la doctora, lo que me convertía en cómplice. Acepté, además, una importante cantidad de dinero, y juré no contar jamás que aquel día de abril de 1975 el cuadro más famoso del mundo había sido robado.

Yo había cumplido mi parte del trato durante 46 años, no sé bien si por mi miedo a ellos, o por mi temor de parecer culpable del asesinato de la conservadora del museo. Todo tenía que haber seguido igual, pero la reciente noticia de que La Gioconda iba a someterse a un análisis por rayos X lo había cambiado todo. Iba a salir a la luz que el cuadro expuesto era una falsificación, y tenían que asegurarse de que no quedara ningún cabo suelto. Iban a borrar cualquier pista de cuándo y cómo había sido robado el cuadro.

Tal y como me había advertido Jean Pierre, mi vida corre peligro. Pero en lugar de huir, prefiero contarlo.

Oigo pasos, ya vienen.